

da, tiene aras. Reverenciase las fuentes de agua caliente, y lo opaco y lo profundo consagró algunos lagos. Si ves un hombre intrépido en los peligros, entre los apetitos intacto, entre las adversidades dichoso, en medio de las tempestades sereno, que mira desde lugar superior á los hombres, de igual á los dioses, ¿no te moverá á venerarle? ¿No dirás: Cosa es esta mayor y más alta de lo que puede caber en este cuerpezuelo, y presumirse dél? Fuerza divina bajó á este, ánimo excelente y moderado, que con desprecio pasa por todo, que se rie de lo que tememos y deseamos; poderío celestial le gobierna; no puede cosa tan grande mantenerse sin asistencia soberana. Por lo cual con la mayor parte suya está allá de donde vino. No de otra suerte que los rayos del sol tocan la tierra, sin deslavarse de donde son enviados; así el ánimo sagrado y grande enviado á estos vasos frágiles, para que de más cerca conociésemos lo divino, conversa con nosotros, mas no se aparta de su origen: de allí pende, allí mira y se afirma; en nuestras cosas interviene como mejor. Pues ¿quién es este? Animo, que en ningún bien se funda, sino en el propio. ¿Qué cosa más necia que alabar en el hombre lo ajeno! ¿Quién más loco que quien admira cosas que brevemente pueden transferirse á otro! No hace mejor al caballo el freno de oro. Otro es el león que con greña dorada se rinde, mientras se deja manosear, y es forzado con fatiga á recibir con paciencia los adornos; y en todo diferente del inculito con espíritu entero. Este con el ímpetu formidable, como quiso la naturaleza que fuese, hermoso de puro fiero, de quien lo horrible es decoro, que sin temor no puede mirarse, es preferido al lánguido y enjoyado. Nadie se ha de gloriar sino de sus cosas propias. Alabamos la vid si carga con el fruto los sarmientos, si las estacas con que la sustentan, con el peso de los racimos que produjo las derriba en tierra. ¿Acaso preferirá alguno á esta vid, una que tenga las uvas de oro, con hojas de oro cubiertas? En la vid la fertilidad es su propia virtud; de la misma manera en el hombre ha de alabarse lo que es suyo. Tiene hermosa familia y casa magnífica, mucho siembra, mucho adquiere; nada desto es en el mismo, sino cerca dél. Alábase lo que ninguno puede quitarle ni darle, lo que es propio del hombre. Preguntas ¿qué es? Animo; y en el ánimo, la razon perfecta. Animal racional es el hombre; consumará su bien si cumple aquello para que nació. ¿Qué es pues lo que esta razon le pide? Cosa facilísima: vivir segun su naturaleza; mas esto hace difícil la comun locura. El uno al otro nos rempujamos en los vicios. ¿Cómo pues serán restituidos á la salud los que nadie detiene y el pueblo impele?

NOTA.

Exclama el doctísimo Justo Lipsio en el argumento desta epístola: *O pulchram, altamque epistolam!* Leia sin pasión, juzgaba sin envidia, no se conocía en sus comentarios su patria, lo francés no pasa del nacimiento á la pluma. ¡O mi Lipsio, grande honra de Francia! tanto como España debe á Córdoba porque le dió á Séneca, te debe España porque se le resucitas y se le defiendes.

No así, no, Marco Antonio Mureto, hombre (no se lo negamos) erudito, disimula lo enemigo, antes lo os-

tenta, pues en esta epístola reprehende á Séneca, no tanto como cristiano al gentil, cuanto como francés vivo al español muerto, sobre aquellas palabras: *Quam stultum est optare (bonam mentem), cum possis à te impetrare.* Dice: *Impietatis et stultitiae plena haec sententia Stoicorum fuit.* Y tratando del grande Horacio: *Hac stultitia imbutus Horatius, ita cecinit:*

*Haec satis est orare Jovem, qui donat et aufert:
Det vitam, det opes: aequum mi animum ipse parabo.*

Y introduciéndose en expurgatorio, añade: *Immò verò, nugatur, iste aequus animus vel maximum Dei donum est: neque obtingere tibi, nisi divino beneficio potest.* Despropositada devergüenza fué llamar á Horacio burlador.

Dice Séneca á Lucilio que de sí mismo puede alcanzar la buena mente, mas no dice que sin el favor divino, antes dice repetidamente que con él. Suyas son estas palabras: «No hay varon bueno sin Dios; ¿por ventura puede alguno sobre la fortuna, si él no le favorece, levantarse? El da los consejos magníficos y rectos; en cualquiera de los hombres buenos habita Dios.» No solo lo dijo, sino consecutivamente á las palabras que Mureto condena. ¿Cuál cristiano negará que el hombre, con el libre albedrío, no tiene mucha mano en perderse ó ganarse; pues si no, ni mereciera castigo ó premio? No conocieron los estoicos estos términos, gracia ni auxilios; empero no ignoraron que todo el bien dependía de Dios: favor y ayuda y sustentamiento llamaron esto. Esta epístola lo dice todo; y de todo se desentiende Mureto. Epicteto fué estoico, y no incurre en esta acusacion; ni Horacio, como en muchos lugares suyos se ve, tropezó en los versos referidos en excluir á Dios: trató solo de la parte que para esto está en mano del hombre. Oigamos con admiracion á Juvenal, sátira x:

*Nil ergo optabant homines? Si consilium vis,
Permites ipsis expendere Numinibus, quid
Conveniat nobis, rebusque sit utile nostris.
Nam pro jucundis optissima quaeque dabunt Di.
Carior est illis homo, quam sibi. Nos animorum
Impulsu et coeacta magnaque cupidine ducti,
Conjungunt petimus, partumque uxoris: at illis
Notum, qui pueri, qualisque futura sit uxor.*

*Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano.
Fortem posse animum, et mortis terrore carentem
Qui spatium vitae extremum inter muneris ponat
Naturae, qui ferre queat quoscumque labores;
Nesciat irasci, cupiat nihil.*—

Dice que se ha de pedir á Dios la buena mente y el ánimo fuerte, que ni tema la muerte, ni se enoje, ni codicie cosa alguna.

Ningun otro gentil dijo que no pidiésemos á Dios señalándole los bienes, sino que nos remitamos á su voluntad; que él solo sabe dar lo que conviene, y que él por lo que apetece nos da lo provechoso; que ama Dios más al hombre que el hombre á sí mismo.

Gran ventaja hacen á todos los filósofos y poetas los que dellos fueron en el tiempo de las persecuciones de los mártires cristianos; viéronlos despreciar la vida, triunfar en la muerte, predicar el Evangelio; pudieron oír á los apóstoles, y por esto excedieron en la doctrina á los demás. Son ejemplo Séneca, Epicteto, Juvenal y Persio, que entre las cosas que se habían de

pedir á Dios, dice en la sátira II, empezando el octavo verso: *Mens bona*; que es la mesma cláusula que en esta epístola acusó Mureto á Séneca, á Horacio y á los estoicos; siendo así que en toda la epístola repetidamente dice Séneca que pende de Dios, que viene dél, que él la mantiene. ¿Qué no dijo en aquellas palabras: «No puede cosa tan grande mantenerse sin asistencia soberana!» No hago á Séneca teólogo cristiano; rescátote de filósofo necio y de la calumnia de Mureto.

Que está Dios en el varon cuya mente es buena, mejor lo dijo Lucano en el libro IX de su *Farsalia*, en aquellas animosas palabras de Caton; lo primero llamándole lleno de Dios, á quien traía en su mente callada:

Ille Deo plenus, tacita quem mente gerebat.

Lo segundo, y con más alta y artificiosa ponderacion:

*Estne Dei sedes, nisi terra, et pontus, et aer,
Et coelum, et virtus?*

Donde creciendo la oracion, juzga más digno asiento de Dios á la virtud que al cielo.

En la epístola X, que el mismo Mureto anotó, dice, tratando de lo que se ha de pedir á Dios: *Roga bonam mentem, bonam valetudinem animi, deinde corporis.* De que se prueba que la acusacion en Mureto no fué falta de memoria, sino de voluntad.

EPÍSTOLA XLIII.

¿Preguntas que cómo llegó esto á mi clara noticia? ¿quién me dijo que pensabas lo que á nadie dijiste? Aquel que de todo sabe mucho, el rumor. Dirás: ¿Tan grande cosa soy, que puedo causar rumor? No es razon que mirando al puesto que ocupas te midas; mira á este en que vives. El que entre las vecindades es mayor, grande es donde sobrepaja á los otros. Porque la grandeza no tiene cierta medida, la comparacion ó la levanta ó deprime. La nave que es grande en el rio, es pequeña en el mar; el timon que es grande en un navío, en otro es pequeño. Tú ahora en la provincia, aunque te desprecies á tí mismo, grande eres: preguntase y sábese qué haces, cómo cenas y duermes; por esto has de vivir con más cuidado. Júzgate entonces dichoso, cuando puedas vivir en público, cuando tus paredes te alberguen y no te escondan: no afectamos las clausuras y encerramientos para vivir más enmendados, sino para pecar más ocultos. Yo me declararé para que entiendas nuestras costumbres. Apenas hallarás alguno que pueda vivir abierta la puerta; los porteros no los opuso la soberbia, sino la conciencia: de tal manera vivimos, que ser vistos de repente es ser presos. ¿De qué aprovecha esconderse y evitar los ojos y las orejas de los hombres? La buena conciencia llama el concurso, la mala en la soledad está acongojada y solícita. Si es honesto lo que haces, todos lo sepan; si torpe, ¿de qué sirve que no lo sepa alguno, si tú lo sabes? ¡O miserable, si desprecias este testigo!

EPÍSTOLA XLIV.

¿Otra vez te me haces pequeñuelo y dices que primeramente se te mostró maligna la naturaleza, despues la fortuna; esto cuando puedes eximirte del vul-

go y salir á la mayor felicidad de todas? Si alguna otra cosa hay buena en la filosofía, esto es, que no mira á los blasones. Todos, si al primer origen se mira, descenden de Dios. Eres caballero romano, en esta dignidad te colocó tu industria; mas de verdad para muchos se cierran los catorce asientos. No á todos admite la curia: los ejércitos fastidiosamente escogen los que reciben, para el peligro y el trabajo. La mente buena á todos está patente; para esto todos somos nobles. Ni despide á alguno la filosofía ni le escoge, para todos resplandece. Sócrates no fué caballero, Cleantes fué aguador y regó un huertecillo con sus manos; la filosofía hizo noble á Platon, no le recibió noble. ¿Qué te obliga á desconfiar de poderte igualar con estos? Todos estos son tus antepasados, si vives digno de que lo sean. Y seráslo si luego te persuades que nadie te excede en nobleza. Igual es el número de los que á todos nos preceden: no hay alguno cuyo origen no esté más allá de la memoria sepultada. Afirma Platon que «ningun rey deja de ser descendiente de esclavos, y ningun esclavo de reyes». Larga variedad mezcló todo esto, y la fortuna barajó lo supremo con lo ínfimo. ¿Quién es generoso? el bien compuesto de naturaleza para la virtud. Esto solo ha de mirarse; empero si á la antigüedad te vuelves, ninguno hay que no descienda de aquella parte; ninguno solo á quien no preceda la nada. Desde el primero nacimiento del mundo hasta hoy, nos ha traído alternativamente el orden de la sucesion por lo esclarecido y lo vil. No hace noble el camarín (a) cubierto con retratos ahumados de ilustres progenitores. Nadie vivió para nuestra gloria, y lo que antes de nosotros fué no es nuestro. El ánimo hace noble al que de cualquiera estado puede levantarse sobre la fortuna. Imagina pues que no eres caballero romano, sino libertino; puedes conseguir esto, que solo seas libre entre los caballeros. Dirás: ¿De qué manera? Si para diferenciar lo malo de lo bueno, no tuvieses al pueblo por autor. No ha de mirarse de dónde vienen, sino dónde van. Si hay algo que pueda hacer la vida bienaventurada, aquello por sí mismo es bueno, porque no puede depravarse con el mal. ¿Qué es pues en lo que se yerra? En que, como todos desean la vida bienaventurada, por ella tienen sus instrumentos, y mientras la buscan, la huyen; porque como la suma de la vida bienaventurada sea la seguridad sólida y la incontrastable confianza della, juntan las causas de la solicitud, y por el insidioso camino de la vida, no solo llevan la carga, sino la arrastran. Y por esto siempre se apartan léjos del efecto que buscan, (1) y cuanto mayor fatiga emplean, tanto mas se embarazan y vuelven atrás; lo que acontece á los que aguijan en el laberinto, que la propia velocidad los enreda.

EPÍSTOLA LIV.

Larga prevencion desea mi poca salud: embistióme de repente. ¿Con qué accidente y cuál enfermedad? me preguntarás, y con razon, pues no hay alguna que ignore. Empero á una nació casi destinado, la cual no

(a) Atrium.

(1) y vuelven atrás; (El ms. Lo demás falta.)

sé por qué la he de nombrar con tu palabra griega: Ἀθήνη ἢ Ὀρθόνοισαν, pues harto propiamente se puede decir *suspiro*. Es ímpetu breve, y semejante á la tempestad, acaba en una hora. ¿Quién suspira más tiempo. Todas las incomodidades del cuerpo ó peligros han pasado por mí, ninguno me parece tan molesto. ¿Por qué? Lo demás, sea lo que fuere, es estar enfermo; esto espirar. Por esto los médicos llaman á esta dolencia meditación de la muerte. Hará alguna vez aquel suspiro lo que muchas ha intentado. ¿Juzgarás te escribo esto alegre porque guarecí? Si con este fin, como en segura salud, me deleito, tan ridículo soy como aquel que porque dilató el día señalado al pleito piensa que venció. Mas yo en la misma falta de respiración no dejé de quietarme con imaginaciones alegres y fuertes. ¿Qué pues es esto? ¿tantas veces me experimenta la muerte? Prosiga, que yo la experimento muchos días. ¿Dirás que cuándo? Antes que naciera. La muerte es no ser, y eso fué antes, empero ya sé cuál es; despues de mí se sigue lo que fué antes de mí. Si en esto hubiera algo de tormento, era forzoso lo hubiera habido antes que naciese á esta luz, y de verdad entonces ninguna molestia sentimos. ¿No dirás que es necisimo el que pensase que á la lucerna le va peor despues de muerta que antes de ser encendida? Nosotros así nos encendemos y nos apagamos; padecemos algo en el intermedio. A entrambas cosas asiste alta seguridad. En esto pues, mi Lucilio, si no me engaño, erramos; juzgamos que la muerte nos sigue, cuando ha precedido y nos viene siguiendo. Todo lo que fué antes de nosotros es muerte. ¿Qué diferencia hallas entre no empezar y tener fin? El efecto de entrambas cosas es no ser. Con estas y otras exhortaciones mudas (porque no habia lugar para las palabras) no dejé de hablarme; despues poco á poco aquel suspiro, que ya habia empezado á ser anhelito, hizo mayores intervalos; retardóse y fuése disminuyendo. Ni aun ahora, aunque cesa, se deriva de la naturaleza el espíritu: siento algun impedimento y tardanza; sea de la manera que quisiere, en tanto que no suspirare del ánimo. Esto puedo asegurarte de mí, que no temeré en lo último; estoy preparado, nada pienso del día.

Admira y alaba á aquel que no rehusa la muerte cuando le es útil la vida. ¿Qué valor es salir cuando te arrojan? Y con todo, en esto hay valor. Soy echado, mas salgo como si yo me fuera. Por esto nunca es impelido el sábio, porque ser arrojado, es salir impelido de aquella parte de donde te apartas á tu pesar. El sábio nada hace forzado; huye lo forzoso, porque quiere lo que forzosamente ha de ser.

EPISTOLA CV.

Diréte las cosas que has de observar para vivir más seguro. Oye si me crees estos preceptos, como si te aconsejara de qué manera conservarias la salud en el ardeatino (a). Considera cuáles son las cosas que instigan al hombre al daño de otro, y hallarás son la esperanza, la envidia, el odio, el miedo y el desprecio. De todos estos, el desprecio es tan leve, que muchos se remediaron escondiéndose en él. A cualquiera que uno

(a) Cuando reina el viento ni bueno ni saludable que viene de la parte de Ardea, ciudad del Lacio.

desprecia, sin duda le pisa, mas pasa. Nadie ofende pertinazmente ni con cuidado al que desprecia; hasta en el escuadron no se repara en el caido, peléase con el constante. Evitarás la esperanza de los malos, si no tuvieses cosa que despierte la cobdicia ajena y delincuente, si no posees algo insigne; porque se codician las cosas señaladas, aunque sean poco conocidas. Así tambien huirás la envidia si excusas el registro de los ojos, si no alabares tus prendas, si supieres cerrar en tu seno tu gozo. Desta manera evitarás el odio por ofensa, no ofendiendo á alguno sin causa: desto te defenderá el sentido comun; esto fué peligroso á muchos. Muchos tuvieron enemistad sin enemigo. Daráte el no ser temido y la mediocridad de la fortuna y la blandura del ingenio, luego que supieren los hombres eres persona á quien pueden ofender sin peligro. Tu reconciliacion será fácil y cierta. Ser temido, tan molesta cosa es en casa como fuera, tanto de los esclavos como de los libres. Para ofender todos tienen bastantes fuerzas. Añade que teme el que es temido; nadie pudo ser temido con seguridad. Resta el desprecio, cuya comodidad tiene quien le llegó á sí, el que es despreciado porque lo quiso ser, no porque mereció serlo. Las incomodidades deste apartan los buenos estudios, y las amistades de aquellos que pueden con algun poderoso; á los cuales conviene aplicarse, no (1) ligarse demasiado, porque no sea más costoso el remedio que el peligro. Nada aprovechará tanto como la quietud, y hablar con los otros muy poco, mucho consigo. Tiene cierta dulzura la conversacion resbaladiza y halagüeña, que rebosa los secretos, no de otra manera que el amor y la embriaguez. Nadie callará lo que oyere, nadie hablará cuanto oyere. Quien no callare la cosa, no callará el autor. Tiene cada uno amigo á quien fia tanto como le fian á él, para guardar su locuacidad y contentarse con los oidos de uno, (2) hasta saciar el pueblo: así lo que fué secreto es rumor.

Grande porcion es de la seguridad no hacer cosa mala. Viven confusa y asustadamente los desapoderados; tanto temen como ofenden, y no descansan algun instante; tiemblan luego que obran mal, no les deja hacer otra cosa la conciencia, y les obliga á que la oigan: penas padece quien las aguarda, porque quien las aguarda las merece. Algo en la mala conciencia da sosiego, nada seguridad: juzga que si bien no le han preso, pueden prenderle; entre sueños huye, y cuantas veces refiere maldades ajenas, imagina en las propias. No juzga que están bastantemente olvidadas y cubiertas. El delincuente alguna vez tuvo dicha de esconderse, nunca confianza.

NOTA.

Aquella palabra del texto *populum faciet*, ni es del sabor de Séneca ni buen latin, y disuena á lo que antecede y sigue. Pinciano lee: *populum faciet*, menos á propósito, y contradiciendo al contexto. Yo leo: *populum satiat*, lo que confirma la mente de Séneca, y fué fácil el yerro.

(1) porque no sea (El ms. Falta la traduccion de la palabra implicari.)

(2) hasta el pueblo: (El ms. La nota siguiente de QUEVEDO se refiere á explicar la frase del texto *populum faciet* «hará pueblo», que el cree yerro, por *populum satiat*, «sacia el pueblo.»)

EPISTOLA CX.

Desde el Nomentano mio te escribo (a), y mando que tengas buen conocimiento y mente buena; esto es, propicios los dioses todos, los cuales tiene de su parte y favorables quien á sí mismo es propicio. Diferencia en esto que te digo lo que agrada á algunos. A cada uno de nosotros es dado por ayo un dios, no de los ordinarios, sino de inferior nota, del número de aquellos que Ovidio llama *dioses de la plebe*. Empero quiero que de tal manera lo diferencies, que te acuerdes cómo nuestros mayores, que creyeron esto, fueron estóicos; á cada hombre dieron un Genio, á cada mujer una Juno. Despues veremos si están los dioses tan desocupados, que cuiden de los negocios de los particulares. En tanto esto conviene que sepas, que ó ya estemos consignados, ó con desprecio dados á la fortuna, que á nadie puedes desear cosa más grave que si desearas que consigo mismo tenga ira. Mas no hay causa bastante para que desees, aun á los dignos de castigo, que tengan á los dioses enojados; acontece tenerlos indignados aun cuando parece que se aumentan con su cuidado y favor. Aplica tu advertencia, y mira qué son nuestras cosas, no cual nombre les dan; y sabrás que son más los males que nos pertenecen que los que nos suceden. ¿Cuántas veces fué causa y principio de la dicha lo que se llamaba calamidad? ¿Cuántas veces se recibió con alborozo la cosa que de sí misma se fabricó despenadero; y á alguno ya eminente le exaltó, como si todavía hubiera de estar allí, de donde más seguramente habia de caer? Mas aun aquel propio caer en sí no tiene algo de malo, si miras al fin fuera del cual á ninguno arroja la naturaleza. Cerca está el término de todas las cosas, cerca está sin duda aquel de donde arrojan al dichoso, y aquel de donde sale el infeliz. Nosotros entrambas cosas (1) entendemos y alargamos con la esperanza y el temor; empero, si sabes medirlo todo con la humana condicion, encogerás igualmente la alegría y el miedo (2). ¿Es de tanta importancia no alegrarse ni temer por nada largo tiempo! Mas, ¿por qué disminuyo este mal? No hay cosa que te debas persuadir á temerla. Vanas son estas cosas que nos inquietan, que nos traen atónitos. Ninguno de nosotros examinó lo que era verdad, mas nos damos el temor los unos á los otros. No hay quien se acerque á lo que le perturba, ni á saber la naturaleza y el bien de lo que le atemoriza. Por esto pues las cosas falsas y vanas aun tienen crédito; ninguno hace dellas exámen: tanto vale solo abrir los ojos. Luego se verá cuán breves, cuán vanas, cuán inciertas son, cuán seguras las que se temen. Tal es la confusion de nuestro ánimo, como lo juzgó Lucrecio:

Como tiemblan los niños que con ojos
Ciegos lo temen todo en las tinieblas,
Así nosotros en la luz tememos.

¿Qué pues? ¿No somos más necios que todos los niños los que tememos en la luz? Mas no es así, Lucrecio; no

(a) En Nomento, ciudad de los sabinos, tenia viñas y hacienda el filósofo.

(1) entendemos con la esperanza (El ms.)

(2) ó mas, ¿por qué disminuyo este mal? (Id. Falta lo demás.)

tememos en la luz, todo lo hemos hecho tinieblas para nosotros: nada vemos, ni lo que daña ni lo que conviene; toda la vida vagamos, ni por esto nos detenemos ó ponemos el pié con más cuidado; conoces pues cuán furiosa cosa es el ímpetu á oscuras, y de verdad lo que hacemos es ocasionar que nos reduzgan desde más lejos; y no sabiendo dónde somos llevados, perseveramos en ir adonde propusimos. Empero si queremos puede amanecer; de una manera puede: si alguno recibiere esta noticia de las cosas humanas y divinas; si no se bañare en ella, si no se embebiere; si la misma, aunque la sepa, la repitiere y muchas veces la volviere á sí; si buscare qué son bienes, qué son males, á qué cosas falsamente se les da este nombre; si inquiriere de las cosas honestas, de las torpes, de la providencia. Ni se detiene la sagacidad del ingenio humano en estos límites; arroja la vista fuera de los términos del mundo, dónde es llevado, dónde se levantó, á qué fin aguja tanta velocidad de cosas. Arrancamos el ánimo desta divina contemplacion, y arrastrámoslo por lo asqueroso y humilde, para que sirviese á la avaricia, para que (dejando el mundo y sus términos, y á los dioses, que como señores de todo, lo disponen) escudriñase la tierra, buscando qué calamidad podria sacar della, no contento con las que le ofrece.

Cualquiera cosa que nos habia de ser bien, Dios y Padre nuestro nos la puso cerca. No aguardó nuestra solicitud, delante nos la puso; lo dañoso hondamente nos lo sepultó. De nada sino de nosotros podemos quejarnos; sacarémos de lo más hondo aquellas cosas con que hayamos de perecer, no solo negándonoslas la naturaleza, sino resistiéndonoslas. Aplicamos el ánimo al deleite, siendo el entregarnos á él principio de todos los males. Entregámosle á la ambicion y á la fama, y á las demás cosas igualmente vanas é inútiles. ¿Qué pues te aconsejo ahora que hagas? Nada de nuevo, porque no se buscan los remedios con nuevos males; mas que contigo atentamente examines cuáles cosas son necesarias, cuáles demasiadas. Las que te son necesarias en toda parte se te ofrecerán; las demasiadas siempre, y con todo el ánimo habrás de buscarlas. No tienes por qué alabarte demasiado si desprecias las camas de oro y el menaje enjoyado. ¿Qué hazaña es despreciar lo que sobra? Entonces te admirarás de tí, cuando no hicieres caso de lo forzoso. Ni es gran cosa que puedas vivir sin aparato real; y que teniendo ya fastidio de todos los animales, no desees los jabalíes de mil libras ni las lenguas de los fenicópteros, eligiendo de cada uno miembros determinados, y otros portentos de la demasia. Entonces me admirarás, si no despreciares los mendrugos del pan negro; y te persuadieses á tí propio que cuando hay necesidad, nacieron las yerbas no solo para las bestias, sino para el hombre; si supieres que los cogollos de los árboles saben ser hartura del vientre, en el cual así arrojamos tantas cosas preciosas como si guardara lo que recibe: hase de llenar sin fastidio. ¿De qué provecho es juntar mucho que reciba quien todo lo que recibe lo corrompe? Deléitate aderezadas las viandas que se buscan por mar y tierra: las unas más agradables si vienen á tu mesa recientes desde que cayeron en la red ó el lazo; las otras, si de mucho tiempo cebadas, engordaron por

fuerza, tales que se derriten y apenas detienen su gordura: deléitate la lindeza destas cosas buscada con el arte. De verdad esto con solicitud inquirido, y aderezado de muchas maneras diferentes, luego que desciende al vientre es ocupado de una misma fealdad. ¿Quieres despreciar el deleite de los manjares? Considera su salida. Acuérdomo que Atalo, con grande admiración de todos, decía: «Mucho tiempo me tuvieron hechizado las riquezas; admirábame cuando via resplandecer alguna parte dellas desde uno á otro lugar; juzgaba serian semejantes las que no via á las que estaban patentes. Empero en una fiesta vi todas las riquezas de la ciudad labradas de oro y plata y de aquellas cosas que vencieron el precio de la plata y del oro; exquisitos colores, y galas no solo traídas mas allá de nuestros fines, sino de esotra parte de los de nuestros enemigos. Por una parte multitud de muchachos jarifos, con la hermosura y el adorno; por otra, de mujeres, y lo demás que la fortuna del sumo imperio, reconociendo sus cosas, habia ostentado. ¿Qué otra cosa es esto, dije, sino irritar la codicia de los hombres, que por sí se incita? ¿A qué propósito es esta pompa de dinero? Hémonos juntado á aprehender avaricia; mas de verdad yo vuelvo de aquí con menos codicia que truje. Desprecié las riquezas, no por inútiles, sino por pocas. ¿Vistes en cuán pocas horas pasó aquella bien ordenada y lenta ostentación? ¿Ocupará toda nuestra vida el aparato que aun no pudo ocupar un dia entero? A esto se llega, que me parecieron de tan poco provecho para los que las tienen como para los que las miran. Por lo cual me digo á mí mismo todas las veces que cosa tal me embaraza los ojos, siempre que miro un palacio espléndido, acompañamiento soberbio con familia lucida, la litera suspendida en hombros de bien dispuestos y hermosos mancebos: ¿De qué te admiras? ¿De qué te espantas? Esto es pompa; muéstranse estas cosas, no se poseen, y mientras agradan pasan. Vuélvete pues á las verdaderas riquezas, aprende á contentarte con poco, y exclama grande y animoso aquella voz: *Tengamos agua y harina, y pongamos al mismo Jove pleito en la felicidad (a)*. Compitámosela aun si esto nos faltare. Fea cosa es poner la vida bienaventurada en el oro y en la plata, y de la misma suerte en la harina y el agua. ¿Qué pues haré si aun esto me faltare? ¿Preguntas cuál es el remedio de la extrema necesidad? Responderé que la hambre acaba á la hambre. De otra manera, ¿qué importa que sean grandes ó pequeñas cosas las que te obligan á servir? ¿Qué aprovecha medir cuánto sea lo que puede negarte la fortuna? Esta misma agua y harina caen en arbitrio ajeno. Libre es, no aquel en quien puede poco la fortuna, sino nada. Ello es así: conviene desear nada, si quieres desafiar á Jove, que nada desea.»

Esto nos dijo á todos Atalo; á todos lo mandó la naturaleza. Las cuales cosas si frecuentemente quieres meditarlas, conseguirás antes el ser dichoso que el parecerlo, y parecértelo á tí, no á otros.

EPISTOLA CXVI.

Cuál sea mejor, tener demasiados afectos ó ningu-

(a) Palabras de Epicuro.

nos, se ha dudado muchas veces. (1) Nuestros estóicos los expelen de sí, los peripatéticos los templan; yo no veo cómo pueda ser saludable ni útil la (2) medianía del achaque. No temas, nada te quitaré de lo que no quieres que te niegue. Hallarásme fácil en concederte las cosas que pretendes, ya sean las que juzgas necesarias á la vida, ó útiles ó gustosas; quitaré el vicio. Porque cuando te prohibiere codiciarlas, te permitiré quererlas, para que hagas lo mismo sin turbación y con más cierto consejo, y sientas más los placeres. ¿Como así? Más los gozarás si los mandares que si los sirvieres. Pero es natural, dirás, que me atormente con el deseo del amigo; da tiempo á las lágrimas, que tan justamente caen. Natural es que nos gobernemos por las opiniones de los hombres (3), y por la tristeza en las adversidades; ¿no me permites este miedo tan honesto de la mala opinion? No conseguirás que acabe, si le permites que empiece; ningún vicio viene sin padrino, ninguno dejó de ser al principio vergonzoso y comedido, pero así se ensancha más. No conseguirás que te deje, si le permites que entre. Todo afecto al principio es débil, despues él se anima, y cuanto más va, más se apodera; más fácilmente se excluye que se expele. ¿Quién negará que todos los afectos nacen de un principio como natural? La naturaleza nos dió á nosotros el cuidado de nosotros; pero si concedemos más á esto, es vicio. A las cosas naturales mezcló la naturaleza deleite, no para que le buscásemos, sino para que aquello sin lo cual no podemos vivir, nos fuese más agradable con la sazón añadida; si viene de por sí es lujuria. Así que, resistamos á los que entran; que como dije, es más fácil no los dejar entrar, que echarlos. Dirás: Permíteme algo de dolor, y que algo tema. Ese algo alárgase, ni acaba donde tú quieres. El sábio tiene seguro en guardarse sin solicitud, y sus lágrimas y deleites pararlos adonde quisiere; y porque á nosotros no nos es fácil el volver atrás, es lo mejor de ninguna manera dar paso.

Paréceme que respondió elegantemente Panecio á un mozuelo que le preguntó si el sábio habia de amar. «Del sábio, dijo, es cuestion aparte para tí y para mí, que estamos muy lejos de ser sábios; pero cuerdo es el no aventurarse á caer en cosa que es tan inquieta, tan desapoderada, de que otro es dueño, y para sí afrentosa;» porque si nos miró nos irritamos con su agrado, y si nos despreció nos encendemos en la soberbia. El amor fácil y el dificultoso, igualmente dañan: la facilidad nos cautiva, con la dificultad peleamos; y así, reconocidos de nuestras pocas fuerzas, descansemos. No fiemos nuestro ánimo flaco, ni al vino ni á la hermosura, ni á la adulación ni á ninguna de las cosas que blandamente nos arrastran.

Lo que Panecio respondió del amor al que le preguntaba, digo yo de todos los afectos (b). Quanto pudiéremos nos apartemos de lo resbaladizo; aun en lo seco estamos poco firmes. Saldrásme aquí con aquella pública voz opuesta á los estóicos: «Cosas prometéis con exceso grandes, y mandáis demasadamente duras.

(1) Yo no veo cómo pueda ser (El ms.)

(2) medicina del achaque. (Id.)

(3) y la tristeza de las adversidades. No conseguirás (Id.)

(b) Panecio, filósofo estóico, maestro y familiar de Escipion Africano, despues de Polibio, tuvo su escuela en Rodas.

Nosotros somos unos hombrecillos que no podemos negarnos todas las cosas; tendremos dolor, pero poco; codiciaremos, pero con templanza; si nos enojamos, nos aplacaremos.»

¿Quieres saber por qué no podemos estas cosas? Porque no creemos que las podemos; antes de verdad otra cosa hay en el hecho. Porque amamos nuestros

vicios los defendemos, y queremos más excusarlos que despedirlos. Harto caudal dió la naturaleza al hombre si usamos dél, si juntamos nuestras fuerzas y las empleamos en nuestro favor, y no contra nosotros. No querer está en nuestra mano; pero se pretende que no se puede.

FIN DE LAS EPISTOLAS DE SENECA, TRADUCIDAS.